

LAS OLIMPIADAS

En un pueblecito donde siempre olía a leña, a café recién hecho y a cotilleo recién calentado, vivían varias familias: los Bayona, los Fidalgo, los Redondo, los Serena y, en el mismísimo centro del pueblo, como si el universo girase en torno a ellos, los Murillo.

Los Murillo trabajaban el metal. Hacían campanas, barandillas, cancillas y sobre todo se forjaban a sí mismos un carácter arrogante como una espada de acero templado. Siempre con la barbilla bien alta, siempre con aires de grandeza, siempre queriendo quedar por encima. Mientras tanto, las demás familias preferían algo más humilde: vivir tranquilas, en armonía, sin necesidad de competir por quién brillaba más.

Hasta que llegaron aquellas Navidades.

Fue entonces cuando a los Murillo se les ocurrió la idea del siglo (según ellos, claro): organizar unas Olimpiadas Navideñas del pueblo. Con medallas, con jueces... y con el detalle, aparentemente inocente, de que todas las medallas las fabricarían ellos mismos. Las demás familias no estaban muy convencidas: sabían perfectamente que a los Murillo no les interesaba la diversión, sino ganar. Pero al final pensaron: "Bah... será divertido. Total, ¿qué puede salir mal?"

PRIMERA PRUEBA: El árbol de Navidad

Los Bayona, creativos y golosos, se pusieron manos a la obra. Ni espumillón ni bolas brillantes: hicieron un árbol con trocitos de turrón y lo decoraron con peladillas. Original, bonito y encima comestible: la combinación perfecta.

Todos quedaron encantados. Todos... menos los Murillo, que empezaron a arder, pero no de espíritu navideño, sino de pura envidia.

Y claro, no podían permitir que alguien brillara más que ellos, así que decidieron copiar la idea, pero "a lo grande". Donde los Bayona habían usado trocitos de turrón, ellos plantaron pastillas de turrón enteras. Donde había peladillas, ellos colgaron polvorones del tamaño de meteoritos. El árbol parecía una amenaza para la estabilidad nutricional del pueblo, pero relucía.

Y cómo no... ganaron la medalla. Entregada por ellos mismos. Fabricada por ellos mismos. Y recibida con sonrisa arrogante por ellos mismos.

SEGUNDA PRUEBA: Villancicos

Los Redondo se lo tomaron en serio. Tenían a un chico con voz prodigiosa, prepararon armonías, ensayaron, añadieron emoción... Vamos, que daban ganas de abrazarse y llorar de alegría.

Los Murillo, en cambio, hicieron una parodia llena de bromas gastadas, ritmo dudoso y cero esfuerzo artístico. Pero claro, ya sabían lo que "gustaba" a los jueces... que curiosamente también eran bastante cercanos a ellos.

Resultado:

—“Y la medalla es para... los Murillo.”

Los Redondo aplaudieron con dignidad. Y de paso apretaron los dientes con fuerza suficiente para romper una barra de turrón duro.

TERCERA PRUEBA: Mejor ambiente navideño

Los Serena construyeron una chimenea preciosa, llenaron el lugar de luz cálida, prepararon chocolate caliente, fisuelos, un ambiente acogedor que derretía el corazón más frío.

Los Murillo vieron aquello y, cómo no, entraron en combustión interna. Así que decidieron superar la idea... literalmente a base de fuego. Compraron toneladas de leña, montaron una hoguera tan gigantesca que se veía desde el pueblo de al lado y casi convierte la Navidad en la Noche de San Juan.

Y sí...para sorpresa de nadie, volvieron a ganar.

CUARTA PRUEBA: El mejor cotillón

Aquí los favoritos eran los Fidalgo. Fiesteros, alegres, alma del pueblo. Montaron un cotillón espectacular: música, baile, risas, gente disfrutando junta.

Los Murillo, incapaces de aceptar la derrota ni aunque fuera por diversión, contrataron bailarines profesionales, luces cegadoras, fuegos artificiales... un espectáculo digno de televisión. Eso sí, nadie bailaba, nadie se mezclaba, nadie disfrutaba con nadie. Pero quedaba precioso en foto.

Y sorpresa, sorpresa:

Medalla para los Murillo. Otra.

EL FINAL

Los Murillo querían seguir. Tenían más pruebas pensadas, más ganas de ganar, más medallas preparadas.

Pero las demás familias dijeron basta.

No querían competir más, no querían compararse, no querían pasar las fiestas intentando superar a nadie. Así que simplemente hicieron lo que realmente les hacía felices: compartieron la Navidad entre ellos. Rieron, cantaron, comieron juntos, se abrazaron, disfrutaron.

Mientras tanto, los Murillo se quedaron en el centro del pueblo, rodeados de medallas brillantes, altísimas hogueras ya apagadas, espectáculos grandiosos pero vacíos... y un enorme silencio.

Porque al final, descubrieron algo que nunca pensaron:

Las medallas hacen ruido cuando chocan...

Pero el brindis de las copas suena a felicidad.